

LA GRAN

GRIETA

EL DESPERTAR  
DE ÁFRICA

ALEX  
PERRY

*Ariel*

ALEX PERRY

# LA GRAN GRIETA

EL SURGIMIENTO DE UNA NUEVA ÁFRICA

TRADUCCIÓN DE JOAN ANDREANO WEYLAND

*Ariel*

Título original: *The Rift. A New Africa Breaks Free*

Publicado originalmente por Weidenfeld & Nicolson, U. K.

1.ª edición: marzo de 2016

© 2015, Alex Perry

© de las fotografías: Dominic Nahr

© de los mapas: John Gikes

© 2015, de la traducción: Joan Andreano Weyland

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo

y propiedad de la traducción:

© 2016: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2331-2

Depósito legal: B. 1.112 - 2016

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ÍNDICE

<i>Nota del autor</i> . . . . .	13
PARTE I: Comprendiendo mal África	
1. Somalia . . . . .	21
2. Génesis . . . . .	55
PARTE II: La gran grieta	
3. Sudán del Sur . . . . .	101
4. Uganda y la República Centroafricana . . . . .	147
5. Ruanda y el Congo . . . . .	173
6. Zimbabue . . . . .	219
7. Sudáfrica . . . . .	253
8. <i>Made in Africa</i> . . . . .	281
9. Guinea Bissau y Mali . . . . .	293
10. Nigeria . . . . .	321
11. Kenia, Somalia y Uganda . . . . .	363
PARTE III: La nueva África	
12. Etiopía, Nigeria y Kenia . . . . .	423
13. China en África . . . . .	465
14. La nueva África . . . . .	485
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	521
<i>Lecturas recomendadas</i> . . . . .	525
<i>Índice</i> . . . . .	533

La naturaleza crea la sequía, pero sólo la mano del hombre crea hambrunas, y en julio de 2011 un reducido grupo de hombres y mujeres permitieron que la peor sequía en sesenta años en el sur de Somalia sumergiera a cerca de tres millones de personas en el hambre.

La catástrofe llegó a su punto culminante en la capital, Mogadiscio. Tras dos décadas de guerra civil, la ciudad se encontraba ya en ruinas y ocupada por decenas de miles de refugiados. Conforme el campo se vaciaba de habitantes, por millones, en cuestión de semanas, Mogadiscio se vio atorada por cientos de miles más. Para julio ya había llegado al menos medio millón de personas. La inanición mataba a cientos de recién llegados cada día. Cuando el sarampión y el cólera hicieron aparición, la cifra pasó a ser de miles. Pronto los vivos y los muertos competían por el espacio. Las familias se trasladaban a antiguos cementerios, en aquel momento llenos de nuevos entierros. Las madres regresaban a las tumbas de los hijos enterrados el día anterior sólo para ver que se había instalado un campamento durante la noche. Durante el cénit de la hambruna, 2,8 millones de personas, dos tercios de la población del sur de Somalia, estaban pasando hambre. Nueve meses más tarde, uno de cada diez había muerto, sobre todo bebés,

niños y ancianos, aquellos a los que el hambre mata primero.

Volé de Nairobi a Mogadiscio con Dominic Nahr, un fotógrafo suizo de veintiocho años con el que a menudo trabajaba. Bordeamos el extremo noreste del continente, con playas del color de la mantequilla al amanecer, el océano vacío salvo por la ocasional estela de alguna lancha pirata. Tras aterrizar al borde del mar, nos encontramos con Bashir, que nos recibió al pie de la escalerilla del avión, y que en un fluido movimiento nos hizo atravesar inmigración y aduanas para salir del edificio y subir en una de sus camionetas. En pocos minutos estábamos llegando al hospital Banadir, uno de los pocos que funcionaban en la ciudad. En la entrada principal nos detuvo un ordenanza con aspecto de estar agotado, vestido con una sucia bata blanca, que hizo grandes aspavientos para impedirnos el paso y luego se rindió. Lo seguimos a través de una puerta a una sala gigantesca. La habitación, antiguamente un pasillo, estaba impregnada del olor cálido, como a heno mojado, de la disentería. Había cincuenta camas dispuestas en filas. Junto a ellas había personas. Al principio deambulamos, un tanto molestos por las moscas y por lo bien que se veía a todo el mundo, hasta que nos dimos cuenta de que había que acercarse a las camas para distinguir a los pacientes. La mayoría de ellos estaban tan delgados y consumidos que un pariente de pie junto a ellos, o incluso un pliegue de la sábana, los ocultaba por completo.

Khalima Adan tenía treinta y ocho años. Vestía una *abaya* marrón bajo la que llevaba un vestido de seda (blanco, negro y gris, con toques de fucsia) que probablemente antaño le iba a la medida, pero que ahora le colgaba como una sábana. Estaba inclinada sobre su hijo Umar, de siete años, abanicándolo con un trozo de cartón. «Venimos de Kutubarai», nos dijo, nombrando una ciudad 240 km al sudeste. «No había comida. La caminata nos llevó diez días y llegamos hace doce. Tengo seis hijos. Te-

nia nueve, pero tres murieron: uno de tres años y uno de dos, durante el camino, y mi niño de nueve años, de sarampión, tras llegar.»

Le pregunté si su marido estaba cuidando de los otros cinco niños. Negó con la cabeza: «su cuerpo se hincho mientras veníamos», me dijo. «Primero no pudo hablar. Luego no pudo caminar. Tuvimos que dejarlo allí.»

Más tarde, en los campamentos, oiría testimonios de un éxodo bíblico desde el sur, con columnas de decenas de miles de personas abandonando la tierra en masa. La mayoría sólo tenían unas cuantas botellas de agua y algunas hojas que comer. Los cuerpos de aquellos demasiado débiles para seguir caminando quedaban donde caían, para pasto de buitres y hienas. Un hombre de cincuenta años que caminó durante dos semanas contaba haber visto cómo siete personas sencillamente «se sentaron y murieron» junto a la carretera. Un granjero de sesenta años dijo haber caminado cientos de kilómetros cargando sus hijos moribundos, por turnos, a hombros. «Cuando me daba cuenta de que estaban muertos, los levantaba y los enterraba allí mismo, en la carretera», dijo el hombre. Había perdido dos niños y tres niñas de esa manera.

Mogadiscio había proporcionado nuevas preocupaciones a Khalima. Todos sus parientes vivos estaban buscando por la ciudad un lugar en el que enterrar a Umar, me contó, pero las esperanzas eran escasas. Un doctor que escuchaba allí mismo dijo que ya no había tierra libre. «Los refugiados incluso construyeron un campamento sobre el cementerio del hospital», dijo. «Tuvimos que cerrar todas las puertas para impedir que entraran y acamparan aquí. Aún intentan entrar escalando las paredes.»

Las nuevas restricciones habían hecho que Khalima tuviese que dejar a sus otros cinco niños en las puertas. Nos quedamos allí de pie en silencio un momento, sudando y vacilando en aquel calor. El doctor temía que los

hambrientos y sin techo lo desbordasen. Khalima temía por haber tenido que dejar a sus niños en una ciudad extraña, con hambruna y guerra. Yo me preguntaba por el futuro de Mogadiscio. ¿Cómo podía, una ciudad construida sobre huesos, dejar atrás su pasado? Torpemente, pregunté a Khalima cómo se sentía. Ella no respondió, y, pensando que quizá no me había oído, comencé a repetir mi pregunta cuando ella me interrumpió.

«No tengo pena», dijo. Se quedó callada un momento. «Hay tanta gente muriendo», dijo. «No sé dónde vamos a vivir todos. Estoy intentando encontrar una tumba.»

Umar murió mientras Khalima hablaba. No se había movido durante un rato, y mientras Khalima contestaba mis preguntas una enfermera comprobó el estado del niño e hizo un gesto a un ordenanza. Khalima se quedó en silencio. El ordenanza recogió una gastada tela amarilla y naranja de los pies de la cama y cubrió con ella el cuerpo de Umar. Miré a Khalima y decía la verdad: no tenía pena.

El ordenanza recogió el cuerpo de Umar. Khalima, Dominic y yo los seguimos escaleras abajo, hacia el exterior. En una esquina había un pequeño edificio encalado, las paredes salpicadas de heridas de metralla de lanzagranadas, las ventanas desconchadas hasta el ladrillo por los balazos. Dentro había una mesa de mármol y dos cubos de plástico con agua. El ordenanza depositó con delicadeza el cuerpo de Umar y, trabajando de forma sistemática, con un ayudante, desenvolvió cada parte de su cuerpo, la mojó, la frotó y la volvió a cubrir. El lavado era meticuloso. Cuando la mortaja se arrugaba, los dos hombres la enderezaban con un tirón. Y conforme la fina tela se humedecía cada vez más, revelaba la silueta del niño: un par de pies delgados hasta los huesos unidos a piernas finas como las patas de un ave zancuda, una cadera tan ancha como mi antebrazo, un torso del tamaño de la palma de mi mano, brazos tan gruesos como dos de mis dedos, todo



ello doblado bajo su cabeza, perfectamente redonda, como las patas de una silla plegable. ¿Cómo podía no haber espacio en la ciudad para *esto*?

Salí afuera a por aire. A lo lejos se oía un tiroteo. Los hombres de Bashir habían establecido un perímetro alrededor de la pequeña morgue. Al otro lado del muro del hospital podía oír a niños recitando el Corán. Una escuela en el campamento, supuse.

Había otro sonido, un monótono zumbido que venía de arriba. Miré al cielo, protegiéndome los ojos contra el sol. Uno de los pistoleros de Bashir me vio y vino hacia mí. Se colgó el arma del hombro y, extendiendo su brazo sobre mi hombro, señaló un hueco en las nubes, en el que había un diminuto punto negro moviéndose lentamente.

«Dron *Predator*»,\* dijo.

Dominic y yo pasamos la mayor parte del día en las salas de Banadir, y regresamos dos veces más en los días siguientes. Hablé con padres, madres, enfermeras, doctores, gestores, ordenanzas, enterradores y soldados. Nadie había visto tanta muerte, ni siquiera en el apogeo de la guerra. Un doctor turco desviaba cortésmente mis preguntas y luego, cuando le comenté la aparente absoluta ausencia de grupos de cooperantes occidentales, explotó con rabia acerca de cómo la ONU almacenaba miles de toneladas de alimentos en gigantescos almacenes en el puerto pero, por razones que nadie comprendía, no distribuía ni una parte.

Pasamos horas en la minúscula sala pediátrica del primer piso en que habíamos conocido a Khalima. Las siete camas que contenía parecían muy pocas hasta que, un

\* El General Atomics MQ-1 *Predator* es el dron de ataque más empleado por la Fuerza Aérea de EE. UU. (*N. del t.*)

día, los niños comenzaron a morir todos a la vez: primero un niño en una cama a nuestra izquierda; un minuto después, otro a nuestra derecha; unos minutos más tarde, un niño un poco mayor junto a la puerta. Nos dimos cuenta de que la habitación era grande. Nunca tardaba mucho en quedar una cama libre.

Esto, esta muerte, era lo que habíamos venido a ver. Aun así, ¿cómo estar, rodeados por tanta? No podía quitarme de la cabeza el pensamiento de cómo, en aquella pequeña sala de hospital, podría ser que estuviéramos quitándoles a los niños que morían a nuestro alrededor las últimas bocanadas de aire. ¿Qué extrañas visiones les estábamos dando a cambio, dos hombres blancos con cuadernos de notas y cámaras fotográficas? Por la noche, Dominic miraba una y otra vez unas fotos que había sacado a un niño que había visto morir, buscando el momento exacto. ¿Había distraído a la madre? ¿Lo había hecho yo?

No necesitábamos seguir yendo. Yo tenía muchísimos testimonios y Dominic tenía cientos de fotos. Pero si seguíamos yendo, pensaba, podíamos curar en nosotros ese sentimiento de estar allí. Yo quería que las heridas duraran, que me recordaran una pregunta que podía hacer en nombre de los moribundos y de los muertos. Si la hambruna era obra del ser humano, como decían todos los expertos, ¿quién, específicamente, era el autor de la de Somalia?

Como todo extranjero que llega a África, yo llegué al continente con ciertas ideas preconcebidas acerca de él. Habría hambrunas, supuse, y dictadores, y corrupción. Pero mirándolo con perspectiva, creo que era la guerra lo que yo más esperaba ver.

Para muchos periodistas de mi generación, unos pocos minutos de la mañana del 11 de septiembre de 2001

fueron suficientes para convertir un escaso interés en la guerra en el foco de una vida laboral. Aun así, era una elección, y mis razones para ir a la guerra no eran mejores que las de mayoría: un deseo adolescente de experimentar lo extremo; posteriormente, una mejor apreciación de la claridad del combate; de cómo, mientras dura, puede ordenar la mente. Como muchos periodistas que cubren conflictos, llegué a adoptar tercamente un pensamiento circular: que toda guerra es significativa e importante y ha de cubrirse, porque es una guerra y hay gente que muere en ella. Bajo esas premisas, cualquier guerra vale, y el 26 de diciembre de 2006, tres semanas después de mi llegada a África, Etiopía invadía Somalia. Me encontré en Mogadiscio al cabo de una semana.

Etiopía había invadido el país para derrocar un gobierno islamista, la Unión de Tribunales Islámicos. Proyectando su poder a través de su milicia, Al Shabab («la Juventud»), los Tribunales Islámicos habían surgido como una alternativa pía y violenta a la destructiva anarquía de los señores de la guerra de Mogadiscio. La tarea de averiguar exactamente qué pasaba en la invasión etíope me llevaría una y otra vez a Somalia, más que a ningún otro país de África.

Pero incluso desde el principio, Mogadiscio hizo que todas mis guerras anteriores parecieran mera preparación. Dieciséis años de luchas entre clanes habían dejado todas las fachadas agujereadas por miles de balas. Manzanas enteras de edificios estucados habían vertido sus tripas de piedra a las calles. Las cenizas de mil fuegos y millones de ruinas cubrían la ciudad de un polvo gris y funerario. Las calles habían quedado enterradas bajo dos décadas de escombros compactados que el viento había convertido en cantos rodados. Conforme uno avanzaba por las calles de la ciudad, uno alzaba la vista y tenía la impresión de ser un pequeño bote en un enorme mar.

La destrucción era tan completa que la vida misma se

había hecho incongruente. En esta Dresde\* monocroma y tropical, el mero color de ella (una buganvilia rosa que crecía sin control, el turquesa del mar, una gorra escarlata medio enterrada bajo los cascotes) era un *shock*. El acto de vivir, también, tomaba formas extrañas. En los años del hambre, 250.000 refugiados se hacinaban en el centro de la ciudad bajo cápsulas en forma de huevo hechas de troncos y plástico, atadas unas a otras con alambre. En el esqueleto interior del hotel Uruba, en la orilla del mar, soldados etíopes comían *tef* en mugrientas tiendas verdes apiñadas bajo techos con adornos de yeso descascarillados. Una vez me encontré, a una hora en coche de la zona oeste de la ciudad, con un palacio a orillas del mar perteneciente a un príncipe árabe que hacía tiempo había huido en el que, en un jardín interior de palmeras datileras y mangos, el servicio del príncipe todavía cuidaba de la mascota, un avestruz solitario y viejo.

La devastación tuvo su punto álgido en el centro de Mogadiscio. A apenas unos metros del mar, un arco románico lleno de cicatrices y chamuscado anunciaba la ciudad, en latín, a un puerto desierto. Tras él estaba la plaza central de Mogadiscio, llena ahora de grandes tramos de muros derruidos y pilas de escombros grises. A un lado, tambaleantes torres gemelas enmarcaban la fachada de una catedral de aire italiano cuya pieza central, un vitral en forma de flor de margarita, había de algún modo sobrevivido intacto. Pero si se atravesaban las amplias puertas de madera, toda esta grandeza se revelaba como mera apariencia. La gran sala al otro lado había sido devastada hasta los cimientos y parecía ahora una monstruosa caja torácica grisácea.

\* El autor hace referencia al bombardeo aliado sobre la ciudad alemana de Dresde en 1945, que la dejó reducida a escombros humeantes y causó la muerte a un número estimado entre 22.000 y 25.000 personas, además de perdurar en el imaginario popular como paradigma de la destrucción de la guerra moderna. (*N. del t.*)

Con el tiempo, aprendí a identificar la sensación de internarse en Mogadiscio, lenta y prolongada, con algo así como una caída. No se podía hacer nada sino mirar aquellas tierras planas y quemadas, con toda su guerra y su calor, surgir ante uno. Pero si escoger Somalia era lanzarse al abismo, Yusuf Bashir fue quien nos rescató. Bajo, delgado, con cara de chico, gafas de sol y nunca sin tres o cuatro teléfonos, Bashir ofrecía sus servicios integrales por entre 300 y 1.200 dólares al día, dependiendo de cuánto lo conocieras y cuánto supiera de tus finanzas. El contrato incluía tres comidas al día y habitación en su hotel, el Peace, con cama, ventilador, electricidad, *wi-fi*, ducha compartida y Al-Jazeera en la TV. A Bashir le gustaba mimar a sus huéspedes. A menudo la última cena de un viaje era una bandeja de pequeñas langostas. Una noche, para el cumpleaños de un corresponsal francés, Bashir consiguió un pequeño pastel de chocolate decorado con cinco Kalashnikovs en círculo, de pie, como minúsculos misiles sobre la cobertura.

El control de Mogadiscio era algo fluido. Partes de la ciudad cambiaban de manos entre clanes e islamistas casi cada semana. El centro, eternamente capturado pero nunca dominado, era tierra de nadie. Los pistoleros sin afiliación campaban a sus anchas, buscando algo que robar o matar. Bashir tenía reglas estrictas para moverse por el exterior. Necesitabas dos coches: una camioneta delante, llena de hombres armados, y un taxi cerrado detrás en el que uno viajaba flanqueado por más guardias aún. Había que vestir un chaleco antimetralla. Conducir rápido. Variar las rutas. Podías quedar con alguien para una entrevista pero de un modo vago, nunca específico, ni siquiera para un presidente. No te montabas en otros coches, especialmente si tenían a sus propios guardias. Fuera del coche, te exponías lo menos posible; nunca te detenías por más de 20 minutos. La estrategia era mostrarte lo menos posible y, cuando lo hacías, parecer demasiado pro-

blema como para que nadie quisiera joderte. Los hombres de Bashir tenían la apariencia: la manera en que se abanicaban, la manera en que extendían sus dedos índices sobre el guardamonte, la manera en que nunca sonreían... Y en todos los años en que Bashir había estado operando, nunca nadie lo había hecho.

Consciente de otros hoteles de corresponsales que se habían venido abajo cuando los periodistas alojados en ellos habían sido secuestrados o asesinados, Bashir mantenía un récord de seguridad inmaculado. Te preguntaba a quién querías ver y adónde querías ir (aunque nunca por qué) y comenzaba a llamar por sus teléfonos, evaluando la seguridad, planeando rutas, fijando encuentros. Su necesidad de últimas noticias era urgente y constante. Bashir continuaba su investigación durante la ruta, intercambiando sus muchos teléfonos y su radio de dos bandas sobre el volante. Si no conseguía información reciente sobre un barrio, no te llevaba. Pero una vez que lo hacía, podía planear casi cualquier cosa. Cuando los islamistas de Al Shabab contraatacaron y tomaron casi toda la ciudad, en 2008, y confinaron a los etíopes, a las fuerzas de paz de la Unión Africana y al Gobierno oficial a una estrecha franja junto al aeropuerto, Bashir juntó a sus trabajadores, camas, mesas, televisores, cubiertos, vajillas y mosquiteras en una flota de camionetas, las condujo a través de los ríos de refugiados, atravesando toda la ciudad, y abrió la Casa de Huéspedes Peace en una gran mansión, al otro lado del nuevo cordón de seguridad, que había identificado meses antes. El mensaje a sus clientes: el negocio de Bashir, el negocio de mantenerlos vivos, podía funcionar incluso dentro de una masacre de Al Qaeda. Era un hombre con un plan, e incluso con un plan B.

Pero había días tranquilos, también. A veces Bashir me llevaba a dar un paseo por el centro. Una rápida subida por las escalinatas centrales del hotel Uruba para obtener unas vistas del castillo otomano situado sobre un sa-

liente cercano. Un corto paseo por una calle de mercaderes árabes, viendo muros almenados de barro y pesadas puertas talladas. Unos minutos robados inspeccionando los escombros dentro de la catedral antes de que Bashir me ordenara entrar urgentemente al coche.

Durante años me pregunté por qué amaba tanto las ruinas de Mogadiscio; me preguntaba con un sentimiento de culpa si sería el sucio escalofrío de la muerte y la desolación. Era una guerra salvaje, la más intensa que jamás había visto. Pero con el tiempo llegué a verla casi como algo de artesanía. Las herramientas (Kalashnikovs, lanzagranadas, ametralladoras de calibre 50 montadas en *jeeps*) podían ser poco convencionales. Pero conforme demolían cada calle, después cada muro y cada ladrillo, la ciudad se reveló como un lienzo para el trabajo más agotador.

La hambruna somalí de 2011 no fue la primera que presencié en África. Incluso conforme las economías africanas despegaban con el nuevo milenio, cada año había africanos muriendo de hambre en algún lugar del continente. Una hambruna en especial, en los valles del sur de Etiopía, en 2008, había permanecido en mi memoria. Más de seis millones de personas habían estado pasando hambre entonces, y también había visto niños morir. Pero mucho después de olvidar sus nombres y que sus caras se mezclaran en mi memoria, hasta no estar seguro de si recordaba a los vivos o a los muertos, podía recordar los campos. El desastre se desarrollaba en exuberantes valles con plantas de *tef* de hojas verdes plantadas en ricos suelos del color del chocolate. El clima era frío y húmedo y el cielo estaba lleno de negras nubes que descargaban lluvia varias veces al día. A la hora de movernos, nuestro mayor obstáculo había sido el barro. De modo que antes de ir a por otra hambruna, pasé unos días en Nairobi, capital de

los cooperantes en África, para recabar opiniones acerca de por qué la gente muere de hambre incluso cuando hay alimento y agua y campos fértiles por todas partes.

Hubo quien dijo que la simplicidad de las granjas africanas tenía parte de culpa. Si los granjeros estadounidenses podían atravesar un mal año sin morir de hambre, ¿por qué no podían los africanos? La respuesta, según los cooperantes, era que las semillas más baratas, la falta de fertilizantes, unas herramientas rudimentarias y su pequeña escala los hacía menos productivos. Nunca cultivaban lo suficiente.

Pero eso no explicaba los fértiles campos sin cosechar. Ni por qué, un cuarto de siglo y cientos de miles de millones de dólares después de Live Aid, los africanos seguían muriendo de hambre. Si los cooperantes sabían cómo comenzaban las hambrunas y cómo prevenirlas, y si habían gastado todo ese dinero y tiempo intentándolo, ¿por qué no habían tenido éxito?

Varios cooperantes confesaron que, pese a que conocían la cura, la mayoría sólo trataban los síntomas. Un problema era la compasión en que se basaba la cooperación. Las campañas para cooperación eran hábiles para crear una simpatía pública a fin de atraer donaciones. Pero pedir una respuesta emocional era también pedir una respuesta irracional. Mientras que la solución a largo plazo contra la hambruna era invertir en una agricultura más productiva (enviar tractores nuevos, y construir sistemas de irrigación) los donantes a los que se mostraba fotos de niños hambrientos insistían en alimentar a los bebés; luego, una vez las fotografías cesaban, olvidaban todo acerca de la agricultura. Los cooperantes debían sus puestos de trabajo a la amabilidad, pero ésta también los restringía. «No son más que tiritas», comentó un cooperante.

Los envíos de alimentos desde el exterior explicaban también los campos inactivos en Etiopía. Dado que los alimentos se distribuían de manera gratuita, habían aca-



bado con el mercado de los agricultores comerciales africanos, que habían perdido todo incentivo para cultivar. La falta de cultivos, entonces, provocaba más gente hambrienta para el año siguiente. En ese sentido, las ayudas alimentarias eran adictivas. Cuanto más alimento transportaban los cooperantes, más tenían que transportar.

¿Era posible que esta continuada gestión de desastres se hubiera convertido en un negocio en sí misma? ¿Podía el deseo de los cooperantes de ser útiles en una crisis suprimir su motivación para acabar con ella? ¿Había institucionalizado la emergencia el enorme tamaño de la industria de la ayuda? Algunos pensaban que así era. Para la época de la hambruna somalí, periodistas y cooperantes se pasaban un ensayo del africanista británico Stephen Ellis, *Season of Rains*, en la que escribía que la ayuda internacional, originalmente concebida como asistencia temporal para emergencia, «se ha convertido en un modo de vida. Decenas de miles de occidentales, desde los voluntarios con sandalias a los muy bien pagados asesores alojados en hoteles de cinco estrellas, deberían buscarse otro tipo de empleo si África dejara de necesitar ayuda. Constituyen, colectivamente, un grupo clave de presión en las relaciones entre Occidente y África, y son los descendientes lineales de los misioneros y mercaderes que influyeron en la política británica del siglo XIX».

La ayuda estadounidense para emergencia, en especial, tenía tanto ver con la economía estadounidense como con entregar alimentos a los hambrientos. La ley estadounidense exigía que casi la totalidad de los 2.000 millones de dólares que EE. UU. gastaba anualmente en ayuda alimentaria se compraran a los agricultores estadounidenses, los procesaran empresas agrícolas estadounidenses y los transportaran barcos estadounidenses. Se trataba de comercio disfrazado de caridad. Peor aún: en una situación de emergencia en que cada dólar y cada día contaban, transportar la comida alrededor de medio mundo

retrasaba su llegada hasta cuatro meses y era muchas veces más caro que comprarla localmente.

La mayoría de cooperantes que conocí eran gente razonable, bienintencionada y deseosa de ayudar. Estaban muy al tanto de estos problemas pero aceptaban el sistema, pese a estar viciado, como el único que había. Incluso si rara vez intentaban solucionar las causas subyacentes, eran buenos tratando los síntomas.

De modo que era sorprendente lo incómodos que parecían encontrarse muchos con respecto a Somalia. Allí, me confesaban, estaban haciendo un trabajo deficiente incluso a la hora de entregar alimentos. Cuán mal lo hacían quedó patente dos años después, en abril de 2013, cuando una investigación de la ONU halló que 258.000 somalís habían muerto a lo largo de los 18 meses de hambruna. Peor aún: el desastre no había sido ninguna sorpresa. Los cooperantes lo habían visto venir desde hacía un año. Un alto cargo de UNICEF parecía realmente contrito. «Estamos intentando averiguar cómo hemos acabado así, qué hicimos mal», dijo.

Esto es lo que hicimos mal.

La noche antes de volar hasta Mogadiscio me encontré con un cooperante australiano, Tony Burns, en un desierto bar de Nairobi. De modo inusual para un cooperante extranjero, Tony había huido de las grandes agencias occidentales a fin de trabajar para un pequeño grupo somalí de ayuda llamado SAACID. Regordete, mal vestido, con el pelo gris, tenía el aspecto de un hombre que hacía tiempo había agotado sus ideales. Intenté tranquilizarlo repitiendo parte de lo que había oído acerca de la ineficacia de la cooperación. Que ésta había pasado de ser benevolencia a un negocio a escala mundial y había introducido algunas contradicciones. Una de las peores era la ayuda alimentaria, cuya existencia continuada

parecía depender de dejar a los agricultores africanos sin negocio.

Tony gruñó. «El asunto de la ayuda alimentaria es un negocio», dijo. Pero hablaba sin animación, como un hombre que repite verdades evidentes. Mencionó las noticias del día. Tras tres años de combate bloque por bloque en Mogadiscio con el Gobierno somalí, financiado por Occidente, y sus protectores de la Unión Africana, los militantes de Al Shabab se habían retirado abruptamente de la ciudad. Tony dijo que muchos creían que eso era bueno para la ayuda humanitaria. Se equivocaba, decía. El bloqueo estadounidense a la ayuda se mantenía. «La política estadounidense consiste en negar ayuda y recursos al sur de Somalia», añadió. «La hambruna es la prueba de su éxito.»

Era una afirmación sorprendente. Nunca había oído acerca de un bloqueo a la ayuda humanitaria por parte de EE. UU. Al ver mi expresión, Tony explicó que EE. UU. había designado a Al Shabab como «grupo terrorista» en su guerra contra el terrorismo. A lo largo de los años, había tenido cierto éxito a la hora de asesinar líderes de Al Shabab con drones, misiles y ataques de helicópteros. Pero Al Shabab seguía acelerando y, en su búsqueda de nuevas maneras de frenar al grupo, el Departamento de Estado recurrió a ahogarlo financieramente. La financiación de Al Shabab desde Oriente Medio se había visto interrumpida por la Primavera Árabe. Una de sus únicas fuentes de financiación restantes era la ayuda humanitaria, que en ocasiones bloqueaba, pero en otras gravaba e incluso robaba. Se podía argumentar que la ayuda humanitaria era un tipo de ayuda para algunos grupos terroristas.

El Departamento de Estado había llegado a esa conclusión, dijo Tony. Se puso en contacto con todas las grandes agencias humanitarias y les dijo que, bajo la ley antiterrorista de EE. UU., se veía obligado a acabar con toda ayuda estadounidense a áreas dominadas por Al Shabab. «Lo cual, por cierto, es todo el sur de Somalia», dijo Tony.

Las agencias protestaron. Ya en febrero de 2010, el coordinador para ayuda humanitaria de la ONU en Somalia, Mark Bowden, había acusado a EE. UU. de emplear la ayuda en su lucha contra el terrorismo. «Ya no estamos hablando acerca de lo práctico de entregar ayuda humanitaria con las correspondientes medidas de seguridad, [sino] si la ayuda se puede proporcionar basándonos en criterios políticos», dijo. A modo de respuesta, el Departamento de Estado recordó a las agencias que era su principal contribuyente. Según Tony, la respuesta de la industria de la cooperación se limitó a poner pegase pero a obedecer.

Tony decía que la estrategia de EE. UU. de bloquear la ayuda a unos pocos miles de combatientes de Al Shabab había negado alimentos necesitados con urgencia por millones de somalís hambrientos. En ese sentido, la hambruna era deliberada. Era una estrategia de EE. UU. Y, en sus términos más estrictos, había tenido éxito. Al Shabab se había retirado de Mogadiscio. El problema era que el plan había funcionado demasiado bien. «¡Hay una hambruna, por el amor de Dios!», exclamó Tony. «Cientos de miles de personas van a morir. Y va a ocurrir. Nada puede detenerlo ahora. Es demasiado tarde.»

Pensamos en lo que iba a pasar durante un momento, allí, en ese bar, unos pocos cientos de kilómetros al sur, en el que el menú ofrecía unos 50 cócteles y cocina de los cinco continentes. Tony acabó su Coca-Cola e hizo el gesto de irse.

—¿Puedo...?

—Cítame —dijo, anticipándose a mi pregunta—. La ONU, las agencias humanitarias, los estadounidenses... Esos cabrones ya me odian, de todas maneras.

La falta de envíos de alimentos a Somalia *era* sorprendente. La sequía de 2011 afectó a 12,4 millones de personas en África oriental. Un proyecto para erradicar el hambre

a largo plazo que sí existía era la Red de Sistemas de Alerta Temprana de Hambrunas, que supervisaba las cosechas regionales y el clima. Predijo ya en septiembre de 2010 que se aproximaba una hambruna que afectaría a toda la región. Desde aquel momento, los grupos de ayuda humanitaria habían estado almacenando enormes reservas de alimentos de emergencia en Etiopía, Somalilandia, Sudán, Uganda, Yibuti y Kenia. Es decir, en todas partes excepto en el sur de Somalia.

Una vez sobre el terreno, en Mogadiscio, hallé confirmaciones de lo que Tony me había dicho. Varias agencias humanitarias occidentales habían montado campañas de prensa y de publicidad en Europa y EE. UU. en que pedían dinero para alimentar a los hambrientos somalís, una labor que acabaría reportando un total de mil ochocientos millones de dólares. Pero no vi ninguna de esas organizaciones presente en la ciudad. Ni las agencias de la ONU, ni Oxfam, ni Save the Children, ni Mercy Corps, ni ninguno de los grupos de cooperación humanitaria cristianos. Vi a Islamic Relief y al grupo de Tony, SAACID, más un pequeño grupo de reconocimiento de Médicos sin Fronteras y otro de Cruz Roja. Dentro del cordón de seguridad del aeropuerto de Mogadiscio, un puñado de cooperantes occidentales se había quedado y se limitaba a pasar bolsas individuales de arroz precocinado a somalís que las llevaban a la ciudad. No era suficiente ni por asomo. Con toda la ayuda humanitaria que se distribuía en Somalia tan sólo se podía mantener una quinta parte de los 2,8 millones de somalís del sur que necesitaban alimentos. Aun así, el Programa Mundial de Alimentos (WFP) guardaba toneladas. Un día, un equipo de la televisión danesa se coló en uno de sus almacenes de Mogadiscio y grabó cuánto: montañas de 20 metros de altura de sacos de grano que llenaban todo un almacén de 50 metros de ancho y 100 de largo, suficiente para alimentar a toda la ciudad durante semanas.

De regreso en el hotel Peace, me metí en Internet y descubrí que no haber estado presentes durante la hambruna no había detenido a algunas organizaciones a la hora de asegurar públicamente un tremendo éxito combatiéndola. WFP había emitido un mensaje para conseguir fondos en Twitter el 9 de agosto que aseguraba: «Vuelos para entregar suficientes galletas energéticas a 1,6 millones de personas en el Cuerno de África». Un comunicado de prensa adjunto aclaraba, como la letra pequeña de un seguro, que esas galletas alimentarían a 1,6 millones de personas *durante un día* y que los «vuelos» eran en realidad entre Nairobi y Mombasa, a cientos de kilómetros al sur, en un país completamente diferente.

Había también una entrevista de la BBC con un portavoz de Oxfam llamado Louis Belanger. Hablando desde un campo de refugiados en Dadaab, en el norte de Kenia, a un día en coche del sur de Somalia, Belanger tranquilizaba al público: «Esta ayuda marcará una diferencia. Todas las agencias humanitarias están aquí sobre el terreno... Estamos hablando de 12 millones de personas por todo el Cuerno de África que necesitan desesperadamente alimentos, agua, refugio y medicinas. Por eso necesitamos ayuda económica. Es por eso que necesitamos que nos ayuden». Recibí también un mensaje de Twitter de Oxfam que aseguraba que el grupo estaba «llegando en estos momentos a 880.000 personas en Somalia y haciendo todo lo posible por aumentar. Esperamos llegar a 1,4 millones».

Yo estaba en Somalia. Sabía que Oxfam no. Llamé al número de teléfono de Oxfam en Nairobi. Belanger se puso al habla. ¿Cómo podía ser, le pregunté, que dijera que Oxfam estaba haciendo llegar ayuda a casi un millón de personas en Somalia cuando ni siquiera estaba allí presente?

Belanger admitió que no había personal de Oxfam combatiendo la hambruna. Añadió que 880.000 perso-

nas era el número total de quienes se beneficiaban de proyectos financiados por Oxfam en toda Somalia, proyectos realizados por otras organizaciones de ayuda subcontratadas por Oxfam, en áreas no afectadas por la hambruna. Oxfam, me dijo, hablaba sobre todo de proyectos a largo plazo como construir letrinas y sistemas de irrigación, más que de aliviar la urgencia de la hambruna. Ese tipo de iniciativas eran, señaló, la solución a largo plazo para las hambrunas.

Había oído lo mismo cuando estaba en Nairobi, le respondí, pero ¿no era una hambruna la definición misma de emergencia inmediata? ¿No necesitaban alimentos los hambrientos? Y si Oxfam hacía creer que estaba enfrentándose a la hambruna pero en realidad desviaba los fondos recaudados a otros proyectos, en otras áreas, ¿no estaba acaso empeorando las cosas? «No queremos dar falsas esperanzas», respondió Belanger. «Nosotros no hacemos distribución de alimentos a gran escala.»

Para entonces, las desastrosas consecuencias del plan estadounidense se habían hecho evidentes incluso para Washington. A finales de julio, el Gobierno estadounidense había declarado un ablandamiento temporal de su prohibición de ayuda humanitaria. Pero teniendo en cuenta que se tardó meses en importar los alimentos a través de medio mundo, el cambio de opinión de Washington llegó demasiado tarde. Además, las agencias humanitarias trataron el ablandamiento como una oportunidad no para recomenzar la ayuda, sino para volver a presionar a su benefactor más exigente, e insistir en que EE. UU. no sólo ablandase, sino que revocase las leyes antiterroristas que restringían la ayuda. A todos los efectos, el bloqueo continuó.

Desde Mogadiscio preparé entrevistas telefónicas con funcionarios de dos de los mayores benefactores de Somalia, Gran Bretaña y EE. UU. Les pregunté si sabían de alguna razón por la que la hambruna sólo afectaba al te-

territorio en poder de Al Shabab, un grupo con el que ambos países estaban en guerra. Las respuestas que recibí eran un tratado de insinceridad. Andrew Mitchell, secretario de Estado británico para Desarrollo Internacional, dijo: «Gran Bretaña ha dejado claro que es el conflicto, ante todo, lo que condena al pueblo a la pobreza. Es algo terrible, cuando hay suficientes alimentos en el mundo, incluso en la región, que un niño tenga que pasar el horror de morir de hambre». Un alto funcionario del Departamento de Estado estadounidense, que accedió a hablar tan sólo si no publicaba su nombre, se mostró de acuerdo en que no era una coincidencia que la hambruna se diera por completo en áreas «controladas, o devastadas, por Al Shabab». Añadió: «Hay, definitivamente, una correlación».

Si las potencias occidentales se mostraron tan evasivas a la hora de adjudicarse el crédito por la hambruna, sus aliados del Gobierno Federal de Transición de Somalia no lo fueron. Una mañana, mientras me encontraba frente a Villa Somalia, las oficinas del Gobierno somalí en Mogadiscio, vi detenerse un sedán estadounidense y a un hombre elegantemente vestido, con pantalones de pinzas y gafas de sol de aviador, bajar de él y entrar en el edificio. Cuando salió de él, me presenté e intercambiamos tarjetas. El visitante me pidió que no diese su nombre, pero se describió a sí mismo como somalí por etnia y canadiense por nacionalidad, con cierta experiencia militar. Había regresado a su tierra natal con la esperanza de resultar de alguna ayuda al gobierno de transición. Le pregunté si la ayuda contra la hambruna tenía implicaciones de seguridad.

«Algunos tipos dicen: “está muriendo mucha gente. Deberíamos dejar entrar la ayuda”», me dijo. «Personalmente, creo que no deberíamos enviar alimentos a esas



áreas. Sabemos que Al Shabab los robará y los venderá. Es así como se reagrupa.»

Al cabo de poco tiempo me llamaron para mi encuentro con el ministro de Asuntos Presidenciales, Abas Moalim Nur. El ministro fue sincero con respecto a los beneficios estratégicos de no entregar la ayuda alimentaria. «Esta hambruna nos está ayudando», dijo. «Al Shabab se está debilitando. Tienen problemas [internos].» Y si la hambruna estaba perjudicando a Al Shabab, estaba impulsando al Gobierno. «La gente sabe que sólo se pueden hallar alimentos en lugares gubernamentales. Creo que en pocos meses podremos controlar toda Somalia.»

Ese mismo día, más tarde, Bashir nos condujo, a tres periodistas españoles, a Dominic y a mí, al corazón comercial de Mogadiscio, el Mercado Bakara. Dieciocho años atrás, Bakara había sido el escenario de una batalla conocida como *Blackhawk derribado*,\* en que murieron mil somalís y 18 soldados de de las Fuerzas Especiales y de los Rangers de EE. UU. Bakara era el bazar de alimentos más grande de Somalia, desde donde se exportaban mangos y camellos a Oriente Medio hasta que estalló la guerra, y con la partida de Al Shabab, cualquier mejora de la suerte en Somalia se notaría en primer lugar en el mercado.

Para el caso, llegamos demasiado pronto. Ninguno de los tenderos de Bakara había regresado. Vagué por las calles. Dominic hizo algunas fotos de edificios en ruinas y de los enrevesados nudos de los cables eléctricos. Entonces gi-

\* *Black Hawk derribado* es el nombre de la película de 2001 de Ridley Scott basada en el libro del mismo nombre de Mark Bowden. Aunque oficialmente se conoce a esta batalla como batalla de Mogadiscio, también se la denomina así en EE. UU., y «el día de los Rangers» en Somalia. El AH-60 *Black Hawk* es el helicóptero de ataque más común del ejército estadounidense. (N. del t.)

ramos una esquina y, de repente, viniendo hacia nosotros, vimos un Land Cruiser con ventanillas ahumadas y una alfombra de piel en el salpicadero. El coche se detuvo y de él surgió la colosal figura de Inda'ade («Ojos Blancos»), formalmente conocido como el general Yusuf Mohammed Siad, el señor de la guerra más famoso de Somalia.

Inda'ade, antiguamente máximo comandante de Al Shabab, había cambiado de bando unos meses atrás para convertirse en ministro de Defensa en el gobierno de transición. Aunque conocía a Inda'ade desde hacía años, era la primera vez que me lo encontraba en persona. Su tamaño me impresionó más que sus ojos. Era alto, quizá 1 metro y 95 centímetros, con una boina militar que acentuaba su altura. Era casi igual de ancho, con su barriga deslizándose por encima de sus pantalones, enfundada en una camisa militar verde oliva del tamaño de un mantel y decorada con charreteras rojas y doradas. Mientras Inda'ade plantaba sus botas sobre el pavimento resquebrajado, sus guardias empleaban sus rifles para reunirnos a Dominic, los tres periodistas españoles y a mí en un grupo de cinco personas. Una conferencia de prensa, me dije.

Al parecer necesitado de justificar su defección, Inda'ade explicó que había abandonado Al Shabab debido a sus luchas internas. Además, eran malos musulmanes. Y fue su conducta apóstata la que, debido a la naturaleza divina de las cosas, les había hecho perder Mogadiscio y pronto llevaría a su aniquilación. «Cuando vi que esos tipos no seguían el Corán, cambié», dijo Inda'ade. «Los conozco muy bien. E, *inshallah*, ahora acabaremos con todos ellos.»

Obedeciendo el protocolo, levanté mi cuaderno de notas y esperé hasta que Inda'ade asintió. ¿Por qué estaban EE. UU. y el Gobierno somalí bloqueando la ayuda alimentaria a millones de somalís hambrientos?, pregunté.